

**MIGUEL MARTÍNEZ
DEL ARCO**

Memoria del frío

PRÓLOGO DE EDURNE PORTELA



MEMORIA DEL FRÍO



MIGUEL MARTÍNEZ DEL ARCO

MEMORIA DEL FRÍO

PRÓLOGO DE EDURNE PORTELA



SENSIBLES A LAS LETRAS, 74

Primera edición en Hoja de Lata: septiembre del 2021

© Miguel Martínez del Arco, 2021

© del prólogo: Edurne Portela, 2021

© de las imágenes de la portada: archivo de Miguel Martínez del Arco

© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2021

Hoja de Lata Editorial S. L.

Avda. Galicia, 21, 4.º E, 33212 Xixón, Asturias [España]

info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Diseño de la colección: Trabajadores culturales Glayú

Corrección: Tania Galán

ISBN: 978-84-18918-18-6

Producción del ePub: booqlab

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Miguelángel, mi cómplice. Y a quienes con él
quiero.*

*A la memoria de mi madre y de sus
amigas/compañeras
que resistieron al franquismo y nos legaron la
risa.*

ÍNDICE

PRÓLOGO, Edurne Portela

Nada, 2020 25

1. Raíles chirrían. 1941. 1939

Madrid, 2019

2. Parker 51. 1941

Bilbao, 2006

3. Nocturno con acordeón. 1940. 1941

Madrid, 2020

4. Fumar calma el hambre. 1942. 1943

Madrid, 2019

5. Hay cena en los juzgados. 1943

Madrid, 2020

6. Polvareda de esparto. 1943. 1948

Madrid, 2019

7. Sin sed. 1948. 1952. 1956

Segovia, 2019

8. Tortitas con nata en Manila. 1956. 1960. 1961

Madrid, 2020

Donosti, 2019

9. Castaños asustan en la carretera. 1963. 1969

Lavapiés, 2019

Madrid, 1972

10. Estado de sitio. 1976

Final, 2020

NOTA DEL AUTOR

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

Mientras preparo este prólogo, Pablo Casado, dirigente del Partido Popular, afirma en el estrado del Congreso de los Diputados que la guerra civil española fue «un enfrentamiento entre quienes querían la democracia sin ley y quienes querían ley sin democracia». No pierdo el tiempo desmontando esta falsificación de la historia tan burda. Pero sí quiero reflexionar sobre las implicaciones que tiene que el líder del partido mayoritario de derechas de este país —un partido fundado con el nombre de Alianza Popular por el exministro franquista Manuel Fraga Iribarne y otros gerifaltes del régimen— aproveche la tribuna del Congreso para hacer semejante aseveración. No fue una *boutade*, no fueron palabras improvisadas. El discurso de Casado tiene como objetivo tergiversar la historia y transformar el campo semántico con el que buena parte de la historiografía y de la memoria democrática han nombrado el pasado franquista: levantamiento militar, golpe de Estado, represión sistematizada, fosas comunes, desaparecidos, tortura, campos de concentración, prisión, dictadura, exilio, expolio. La utilización de palabras pertenecientes al campo semántico de la represión y la dictadura está basada en el archivo y los hechos, en eso que se llama «verdad histórica» y que discursos como el de Casado niegan. Lo que pretende la derecha de este país es borrar de la historia las palabras que nombran el horror, que lo señalan y lo visibilizan, un horror que se desató el 18 de julio de 1936, que continuó en diferentes versiones y grados a través de la institucionalización de la violencia hasta la muerte del dictador y que no terminó ni con la transición ni con la llegada de la democracia. Para los cientos de miles de víctimas de la represión

franquista y sus familias, la muerte del dictador, la transición a la democracia y las décadas de gobiernos democráticos no trajeron ni un atisbo de justicia, verdad y mucho menos de reparación. La represión y la persecución de la disidencia fue dando paso a un lento abandono y, sobre la experiencia de las víctimas, continuó imperando el eterno aliado de los vencedores: el silencio.

La transición no incluyó un proceso restaurativo que atendiera a las víctimas de la guerra ni de la dictadura; durante los cuarenta años de democracia siguientes se ha perpetuado el relato cainita sobre la guerra —«hubo víctimas en un bando y en otro», «fue una guerra entre hermanos»—, lo cual obvia que hubo una represión sistematizada y organizada que impuso como método de exterminio las violaciones, torturas y asesinatos masivos; se han desechado como «historias de abuelos» los relatos de los familiares de represaliados que en ocasiones servirían para señalar las fosas donde están enterrados sus muertos; se ha olvidado que hasta 1944 se hacían sacas de las cárceles casi a diario y se fusilaba en las tapias de los cementerios a hombres y mujeres condenados en juicios farsa; se desconoce que hubo mujeres y hombres que pasaron hasta veinte años en prisión por repartir propaganda o por ser familiar de un guerrillero; se ha perdido la pista de los cientos de bebés que robaron monjas franquistas para regalarlos a familias del régimen; se ha intentado borrar la memoria de los lugares de la violencia y aquellos que deberían convertirse en espacios pedagógicos de memoria sobre la represión se destruyen o se disfrazan con banderas institucionales, como la infame Dirección General de Seguridad, sede actual de la Comunidad de Madrid en plena Puerta del Sol y en la que ni siquiera figura una placa que recuerde a los miles de hombres y mujeres que fueron allí torturados. Quizá estos sean algunos de los motivos por los que es tan fácil hoy, en 2021, blanquear y tergiversar la historia de la sublevación militar, la guerra y la dictadura, ensalzar en tribunas públicas y sin pudor el falangismo, el nacionalcatolicismo y la dictadura. Pero no es mi intención analizar por qué estamos viviendo este preocupante *revival* del franquismo. Lo que pretendo con estas palabras introductorias es celebrar que, frente a los discursos de camisa azul de los Casado, Abascal, Olona,

Smith, Ayuso, Almeida y compañía, existen libros como este, *Memoria del frío*, de Miguel Martínez del Arco.

Memoria del frío nos introduce, a través de los mecanismos de la ficción, en uno de los aspectos menos conocidos de la represión del régimen: la persecución, tortura y prisión de las militantes antifranquistas, las que los agentes de la represión llamaban por defecto «putas rojas». Ellas eran el reverso del modelo de mujer del franquismo basado en la sumisión al hombre en todos los aspectos de la vida (política, economía, moralidad, sexualidad) e institucionalizado gracias a la Sección Femenina, la Iglesia y las nuevas leyes que aniquilaban los avances de la Constitución de 1931 y condenaban a la mujer a una eterna minoría de edad legal. Pilar Primo de Rivera, fundadora de la Sección Femenina, concebía así la misión de la mujer en la nueva sociedad: «Cada uno tiene su manera de servir dentro de la Falange, y lo propio de la Sección Femenina es el servicio en silencio, la labor abnegada... Como es el temperamento de las mujeres: abnegación y silencio». Las mujeres de la «España Nacional» eran buenas madres y esposas, serviciales y piadosas, ángeles del hogar, descanso del guerrero, mientras que las «otras» eran mujeres monstruosas, encarnación del mal y el pecado, había que exterminarlas o redimir las a través del sufrimiento, la tortura y la humillación. Como señaló Shirley Mangini en *Recuerdos de la resistencia: la voz de las mujeres de la guerra civil española*, «de los testimonios orales y de los textos memorialísticos se infiere que después de la guerra civil las presas recibieron el mismo trato que las mujeres “perdidas” de los siglos anteriores. Los sentimientos básicos no habían cambiado: estas mujeres habían transgredido y tenían que ser castigadas por “putas rojas”» (p. 116). El insulto «puta roja» condensa cómo la mujer disidente es doblemente perseguida: por sus ideas y activismo político y por el hecho de ser mujer que se rebela contra la norma moral. El castigo que los represores consideran purificador, el tratamiento como «perdidas» que diría Mangini, va desde el escarnio público (rapadas, aceite de ricino, paseos desnudas por los pueblos) hasta las torturas sexuales (violaciones, mutilaciones, quemaduras y golpes en vagina, ovarios, útero y

pechos), a la «reeducación» nacionalcatólica en las cárceles de mujeres o al robo de sus recién nacidos. Cuenta Consuelo García en su introducción a *Las cárceles de Soledad Real* que mientras grababa el testimonio de Soledad para después transcribirlo, notaba que hablaba en voz bajita, como con miedo a que la escucharan. Un día le contó que el marido de su vecina era guardia civil y que «los niños, cuando la veían en el patio, decían en voz baja, de modo que casi solo la marcaban con los labios, la palabra puta. O con la cara pegada a los cristales de su ventana la repetían una y otra vez: Pu-ta, pu-ta» (p. 9). Era el año 1982, Soledad Real tenía sesenta y cinco años y llevaba más de veinte fuera de la cárcel.

Las experiencias de las mujeres antifranquistas que pasaron buena parte de sus vidas en prisión no entraron en el archivo histórico, aunque sí sus expedientes judiciales. Su sufrimiento, el intento de deshumanización al que fueron sometidas por parte de las instituciones penitenciarias y la Iglesia, las torturas, el hambre, las enfermedades, el hacinamiento, la explotación, no se recogieron en la ficha que de cada una guardaban sus carceleros, pero algo de ello se filtró en las cartas que enviaban a sus familias, mucho más en las clandestinas. No pudieron expresarse, denunciar su situación, apelar sus sentencias, reclamar derechos, si acaso alguna se acogió a un indulto, una conmutación de pena. De sus largos años en las cárceles quedaron unas pocas fotos, muchas cartas, expedientes incompletos. Y, sobre todo, quedó su memoria, su testimonio y su voz.

Durante finales de los años setenta y principios de los ochenta del siglo XX comenzaron a salir a la luz testimonios de «los vencidos». Nos han llegado muy pocos testimonios y memorias de lo que fue la experiencia de las mujeres en la guerra y la militancia antifranquista, de la tortura, la cárcel y la clandestinidad. Estamos, de nuevo, ante el problema de la invisibilidad de la experiencia femenina, ya que el relato de la resistencia antifranquista y la represión lo dominaron los hombres. Ellos fueron los protagonistas y los principales narradores, relegando a segundo plano tanto el compromiso político de sus compañeras de lucha y resistencia como la persecución y represión que sufrieron. Además, las propias mujeres se autocensuraron, a veces por miedo —recordemos a esos niños llamando puta a Soledad Real

—, a veces por no considerarlo tan válido como el relato masculino, a veces por pudor, a veces por pensar que lo importante era el trabajo político y no lo que ellas consideraban un sufrimiento personal. Muchas, también, quisieron hablar pero no encontraron interlocutores. En 1978, Juana Doña, militante comunista, publicó la novela-testimonio *Desde la noche y la niebla*, en la que narraba, a través de su *alter ego* Leonor, su militancia y vivencias durante la guerra, sus dieciocho años en prisión, su compromiso en la clandestinidad. Doña había escrito el libro en 1967 pero no encontró quien se lo publicara, y la culpa no solo era de la censura oficial: «Se contaban las epopeyas de las cárceles masculinas y las heroicidades de sus protagonistas, se rompía el cerco de la censura y en la más negra clandestinidad se divulgaban acciones y sufrimientos protagonizados por luchadores-hombres. Rara vez se hablaba o escribía sobre las heroicidades de las luchadoras-mujeres» (p. 28). Los testimonios que nos han llegado están narrados con la necesidad y la urgencia (a pesar de los años transcurridos entre los acontecimientos y la escritura) de denunciar las injusticias que vivieron y de las que fueron testigos. Todas testimoniaron para describir unas vivencias que, si no fuera por ellas, serían olvidadas. También porque el hecho de testimoniar significaba reafirmar el compromiso, la lucha y la propia vida. Rebecca Solnit, en un contexto muy diferente, diría que «ser incapaces de contar nuestra historia es una muerte en vida» (p. 27). El testimonio de estas mujeres se alza contra el olvido, que es también una muerte en vida. Además de la obra de Juana Doña, es imprescindible el ya citado *Las cárceles de Soledad Real*, una transcripción de la larga entrevista que Consuelo García hizo a Soledad Real sobre su militancia en las Juventudes Socialistas, su participación en la guerra y sus casi veinte años de prisión. Son indispensables también los tres volúmenes que editó la militante comunista y expesa política Tomasa Cuevas y que bajo el título *Cárcel de mujeres* recoge los testimonios de presas políticas de toda la península. En todos los testimonios se narra el dolor, el hambre, la tortura, el miedo, la muerte, las enfermedades, los castigos, la humillación, el aislamiento, la experiencia de maternidad, y

frente a ello la solidaridad, el ansia de vivir a pesar de las condiciones, la necesidad de seguir luchando y aprendiendo. Todas narran cómo los años pesan y pasan, cómo las cicatrices de la tortura y la desnutrición provocan amenorreas, menopausias tempranas, enfermedades crónicas. Y aun así, cuando salen a esa otra prisión que era la España franquista de finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, la mayoría continúa la militancia clandestina.

El testimonio, según el historiador Paul Ricoeur, «constituye la estructura transicional fundamental entre la memoria [individual] y la historia» (p. 21). Es también una forma de reorganizar la realidad, de dismantelar y transformar representaciones hegemónicas, una narración que abre la puerta a nuevas formas de representación colectiva (Narváez, 240). El testimonio, ese género que en los países latinoamericanos tiene una tradición mucho más arraigada que en España, es hacer pública la propia voz para hablar de una lucha colectiva y denunciar abusos de poder (Yúdice, 46). El yo del testimonio es un nosotras. La misma Soledad Real así lo expresa en su dedicatoria: «A todas las mujeres que, habiendo vivido una vida como la mía, no han sabido o no han podido hablar». También lo reconoce Tomasa Cuevas en sus agradecimientos: «Gracias queridas amigas por vuestra aportación, al dar a conocer vuestros testimonios vivos, jamás lo hubiera hecho para solo dar a conocer el mío, uno de tantos miles» (p. 18) y Juana Doña, cuya voz «testimonia el sufrimiento de miles de mujeres que fueron perseguidas, torturadas y ejecutadas» (p. 30).

Con este mismo corpus testimonial construyó Dulce Chacón *La voz dormida*, una novela en la que desplegó toda su potencia poética y narrativa y en la que resuenan las voces de estas mujeres. La obra se centraba en las vidas de un grupo de presas encarceladas en la prisión madrileña de Ventas y en la de sus familiares, algunos involucrados en la lucha clandestina y en el maquis. Esta novela desempolvó estos testimonios veinte años después de que se hubieran publicado y fue una contribución fundamental a la renovación del debate sobre memoria histórica de principios de siglo.

Hoy, otros veinte años después, se publica este libro excepcional, que entronca con los testimonios de las militantes antifranquistas y con la novela

de Dulce Chacón. Lo hace de forma única y especial. *Memoria del frío* amplía el campo de nuestro conocimiento sobre la experiencia de las mujeres en las cárceles franquistas y sobre la relación entre los mecanismos de la ficción, la memoria y el trauma heredado. Miguel Martínez del Arco es hijo de Manoli, Manuela del Arco, un nombre que se repite en todos los testimonios citados anteriormente. El hijo intenta reconstruir el pasado de la madre y de sus compañeras de militancia y cárcel, también el de su padre y el suyo propio, el niño al que la policía política llevó a la Dirección General de Seguridad para presionar a la madre, el que visitó al padre en el penal de Burgos y que escuchó tantas historias como silencios. En las primeras páginas de esta novela, el autor, con el estilo fragmentado y escueto que caracterizará toda la obra, resume el mundo en el que estás a punto de entrar: «Hace mucho tiempo. Una mujer pasó diecinueve años en la cárcel. En el franquismo. Con otras muchas. Era mi madre. Mantuvo una relación con un hombre que pasó diecinueve años en otra cárcel. Con otros muchos. Era mi padre. Luego “salieron”. Y regresaron. A otra cárcel. Con otros. Esta es su historia. No. Claro que no. Esto es solo una exploración. Un viaje». En ese viaje, Miguel Martínez del Arco completa con la imaginación todo aquello que las huellas materiales —las cartas, los archivos, las fotografías— no muestran o, si acaso, solo dejan intuir: escribe los silencios y hace presentes las ausencias, narra la alegría y la esperanza, la solidaridad y la resistencia. Ese viaje también es un diálogo constante entre su yo presente de 2019 y 2020, que investiga, reflexiona y reconstruye, y el pasado narrado en tercera persona en el que Manuela del Arco, sus compañeras de prisión y, en segundo plano, su padre y él mismo como niño, son protagonistas. En el presente, el yo narrativo relee las cartas entre la madre y el padre durante esas casi dos décadas de prisión —«5 463 cartas. Cinco mil cuatrocientas sesenta y tres»—, visita los lugares en los que se ubicaron las cárceles y los centros de tortura, contempla las fotografías y las interpreta, dando vida a las mujeres que las habitan —como la que ilustra la cubierta—. Escribir, nos dice el narrador, es «Reconstruir. Rehacer. Revivir».

Para entender la excepcionalidad de una novela como *Memoria del frío*, creo útil reflexionar brevemente sobre el término «posmemoria», que

se acuñó en el área de estudios académicos sobre memoria y trauma del holocausto para definir ciertas dinámicas de transmisión y representación de textos escritos por una «segunda generación», es decir, una generación que no vivió los eventos traumáticos de primera mano o que, si lo hizo, era demasiado joven para tener una participación activa en ellos. El primer estudio sobre las dinámicas de la posmemoria en el campo de la representación lo hizo Marianne Hirsch al analizar obras como *Maus* de Art Spiegelman, el famoso cómic que narra, a través de personajes encarnados en ratones (judíos) y gatos (nazis), la relación de un hijo con su padre superviviente de Auschwitz. Como señaló Hirsch, el trauma de la segunda generación no se vive en relación con el evento que lo provoca, sino en relación con la representación del evento, a partir de los testimonios orales, escritos y/o visuales que ha dejado tras de sí la primera generación. Es más, el trabajo de posmemoria no depende tanto de lo que se recuerda personalmente sino de cómo se pueden representar las huellas de memoria que otros han dejado. La prosa de Miguel Martínez del Arco es un claro ejemplo de este diálogo intergeneracional. Testigo infantil que escucha los silencios, vive con las ausencias, crece con narrativas en las que no se cuenta todo tal vez porque hay cosas que un hijo no debería saber, tal vez porque hay cosas que nunca se van a poder narrar. Solo él, como heredero de todos esos silencios, puede encarnar en su prosa el fantasma de esas vidas excepcionales, tanto en su resistencia como en su dolor. «Se borrarón los agujeros que dejaron los adoquines levantados. Se construyeron paredes donde hubo ruinas. Nada de eso he vivido. Solo lo siento contado en mí. Trato de verlo». Este fragmento corresponde a uno de los momentos en los que el yo del presente lucha desesperado por «recuperar» una imagen del pasado que le lleve a imaginar la cárcel de Ventas y recorre el lugar esperando una señal, como si el espacio fuera un palimpsesto que en algún momento revelará la letra escondida. «Solo lo siento contado en mí» es una de las frases más certeras y poéticas que describe el trabajo de la posmemoria: la intuición de una vida no vivida pero sentida, el conocimiento y la memoria que le llena por dentro y que solo es traducible, solo se hace tangible, a través de la ficción. Y ahí reside, creo yo, la inmensa

fuerza de esta novela: Miguel Martínez del Arco nos cuenta lo que ha sentido contado en él.

Si el testimonio es la figura transicional entre memoria individual e historia, la ficción de la posmemoria hace presente el pasado a través de una imaginación que se nutre de la memoria, el saber y los afectos heredados, que amplía la profundidad y aumenta la intensidad con la que entramos en la parte más desconocida y subjetiva de la historia, la de las vivencias íntimas que abarcan desde el dolor y el desamparo más radicales hasta la resistencia y la solidaridad más alegres. El ejercicio literario, imaginativo y reconstructivo de Miguel Martínez del Arco, su ficción poderosa, hace que en la esquina de Rufino Blanco con Marqués de Mondéjar hoy, en 2021, no veamos unos edificios lustrosos de ladrillos rojos, sino «Las rejas en todas las ventanas. Las tapias. La cárcel de Ventas» y revive, a través de su aliento poético, a las mujeres sonrientes que te miran desde la cubierta de este libro.

EDURNE PORTELA

Sierra de Gredos, julio de 2021

BIBLIOGRAFÍA

Cuevas, Tomasa. *Cárcel de mujeres*. Barcelona: Edicions Sirocco, 1985.

Doña, Juana. *Desde la noche y la niebla (mujeres en las cárceles franquistas)*. Madrid: Ediciones de la Torre, 1993.

García, Consuelo. *Las cárceles de Soledad Real*. Madrid: Alianza Editorial, 1982.

Hirsch, Marianne. *Family Frames: Photography, Narrative and Postmemory*. Cambridge: Harvard UP, 1997.

—«Projected Memory: Holocaust Photograph in Personal and Public Fantasy». En Mieke Bal (Ed.). *Acts of Memory: Cultural Recall in the Present*. Hannover: UP of New England, 1999 (pp. 2-23).

—«Surviving Images: Holocaust Photographs and the Work of Postmemory». *The Yale Journal of Criticism* 14:1, 2001 (pp. 5-37).

Mangini, Shirley. *Recuerdos de la resistencia: La voz de las mujeres de la guerra civil española*. Barcelona: Península, 1997.

Narvárez, Jorge. «El testimonio 1972-1982: transformaciones en el sistema literario». En (Eds.) *Testimonio y literatura*. Minneapolis: Society for the Study of Contemporary Hispanic and Lusophone Revolutionary Literatures, 1986.

Preston, Paul. «Introducción». En (Coord.) *La memoria de los olvidados: Un debate sobre el silencio de la represión franquista*. Valladolid: Ámbito, 2004.

Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Trad. Agustín Neira. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.

Solnit, Rebecca. *La madre de todas las preguntas*. Madrid: Capitán Swing, 2018.

Yúdice, George. «Testimonio and Postmodernism». *Latin American Perspectives* 18.3, 1991 (pp. 15-31).

«De nada somos dueños, ni siquiera de nuestro pasado».

JULIO RAMÓN RIBEYRO

NADA, 2020

Prisión de Segovia, 24 de mayo de 1950. Y cuando han pasado tantos años y cuando en realidad no hay grandes perspectivas de una mejora de vida, nos aferramos a estas pequeñas cosas, que tan grandes son para nosotros, porque nos ayudan a continuar, nos estimulan a vivir y a desear la vida con más ardor, pensando en el día que podamos resarcirnos plenamente de todos estos años de privaciones totales. No creas, querido mío, que me pesan estos años, nada más lejos de la realidad. Estoy satisfecha de ellos y una vez que lo he pasado sentiría no haberlos vivido, porque me han transformado, me han hecho una mujer totalmente distinta, creo —y no quisiera equivocarme— que algo mejor, más real, más práctica, pero también con mayores sentimientos. Ahora bien, todas estamos cansadas, y es natural. Los años, la apatía de fuera tienen su repercusión y sin nada para estimularte cuesta mucho mantener una moral quebrantada por innumerables sufrimientos...

¿Te haces una idea de cómo será nuestro encuentro? ¿Recuerdas lo que me dijiste cuando nos despedimos en el camión? «Tú y yo hemos de hacer grandes cosas». No lo olvido y mil veces me he preguntado ¿cuándo? No encuentro la respuesta justa, así que siempre confío que será pronto. Más allá de la exigua realidad. Te abraza tu Manoli.

Atravieso la estancia. Avanzo en medio de las llamas. Protegida la cara con un trapo blanco. Corro por el pasillo hacia la habitación. Con las manos

por delante como si fueran un escudo. Entro en el cuarto. Apenas veo. Solo escucho el crepitar de los muebles que se queman. La cama ardiendo. Bajo la cama, las cajas de cartón que atesoran los documentos. Protegidas aún por las sábanas que arden. Por la madera que comienza a prender sobre ellas. Tiro de las dos cajas hasta colocarlas junto a mis pies. Las levanto con dificultad, me doy la vuelta. Regreso por el corredor anegado de humo oscuro hacia la salida. Hacia el fondo. Hacia la luz.

Cierro los ojos. Me dejo guiar por el ruido. Un graznido. Un chillido de pajarraco. Como si fuera un faro. Que me orienta. Avanzo con las dos cajas en las manos. Pensando en no caerme, en que el fuego que me rodea no asalte el cartón. Cuando salgo a la calle pienso que puedo abrir los ojos. Me aquieto en la acera. Deposito con cuidado las cajas en el suelo. Solo entonces miro por fin. Hacia abajo. A los cartones junto a mis pies. Están chamuscados, negros. Ataúdes. Urnas. Arcas salvadas de las llamas. Luego tanteo hacia delante. No veo nada. Solo el vacío. Un espacio hueco. Más allá de la exigua realidad.

Prisión de Málaga, 15 de mayo de 1947. Mi queridísimo Ángel. Tanto afán como tenía por escribirte una carta larga, extensa y sin ninguna persona que viole nuestros sentimientos, y aquí me tienes esta noche, sin saber ni qué decirte de tanto como tengo acumulado. [...] Este compromiso común que tenemos, que parece el gran estímulo, necesita también de alicientes particulares. Las mujeres parecemos predestinadas solamente a ser esposas, a ser novias, a ser madres amantísimas del hijo, del marido. Pero ¿sabes lo peor? La falta de oportunidades, la falta de cultura que tenemos por las sociedades que nos han precedido, claro está. Voy a acostarme, son más de las doce de la noche. Terminaré mañana. Muchos besos infinitos de tu...

Bajo la cabeza. Abro los cartones. Extiendo el botín frente a mi cuerpo. Los restos. Los abalorios. Los escombros. Un enjambre. Un reducto de

insectos. Un hormiguero. La tela de araña. Las arañas que tejen la tela. Ahora están las arañas en el suelo. Las primeras pruebas.

Se me viene a la boca. Cuando deshago el paquete forrado con el solo aviso de su letra. Cartas. No pone otra cosa. Cartas. Llevo años durmiendo sobre este enjambre. Cojo el paquete dividido en fajos. Son cientos de cartas cada uno. En tinta negra. En tinta azul. En lápiz. Esa información cruzada entre las cárceles. Entre ellos dos. Abro por fechas, las de 1943, las de 1948, las de 1953, las de 1956. Las de después, en la primera libertad: las de 1961, las de 1968. Abro cada parte. Abro el último fajo. Veo la tinta verde con la que escribía cuando yo era niño. Veo mi letra de niño en una carta. Como si fuera la carta final.

Extiendo las cartas en el suelo vacío. Lejos del fuego que me precede. Cuento. Tardo. 5 463 cartas. Cinco mil cuatrocientas sesenta y tres. Calculo que es menos de la mitad de las que fueron. El resto no está. Se fue. Se perdió. La mayoría son las cartas oficiales. Las que pasaban la censura de cada cárcel. Apenas hay de las otras. Las clandestinas. Las que cuentan más. Leo frases sueltas. La lectura es invasiva. Me coloca fuera. Me coloca dentro. La letra de mi madre invadiéndome. Las palabras de mi padre en respuesta. Se repiten.

Las cartas son la historia de un cortejo. Cada una tiene respuesta en la otra. Son como espejos. Espejos con orificios. Con huecos. Con grietas. Por las grietas se cuele la luz. Una sucede a la otra en una maquinaria perfecta de doble vía. Parece que nada está perdido.

Buceo en las letras. Pero no me conviene. Usurpador. Como un detective impreciso.

Prisión de Alcalá de Henares, 22 de diciembre de 1959. Dentro de dos días vuelve a celebrarse Nochebuena y una más que las circunstancias nos mantienen separados, ¿será la última? Esta es mi esperanza y no puedes imaginar la cantidad de proyectos que formo, pensando que pudiera ser así.

Hace mucho tiempo. Una mujer pasó diecinueve años en la cárcel. En el franquismo. Con otras muchas. Era mi madre. Mantuvo una relación con un

hombre que pasó diecinueve años en otra cárcel. Con otros muchos. Era mi padre. Luego «salieron». Y regresaron. A otra cárcel. Con otros. Esta es su historia. No. Claro que no. Esto es solo una exploración. Un viaje. Tras las palabras de unas cartas.

Prisión de Segovia, 14 de diciembre de 1950. Tengo las manos imposibles para hacer nada, y es un gran conflicto pues no se puede perder un minuto de trabajo. Aquí está nevando, hace muchísimo frío. ¿Tienes muchos sabañones? Yo tengo los suficientes para entretenerme. Pienso en el frío que tendrás y no sabes cómo me apena...

Urdir la trama. Reconstruir las cenizas. Salir a buscar las cartas perdidas. Las palabras. Las manos que se deslizaron por las hojas. Las estancias en las que fueron escritas. Los pensamientos que las animaron. Las oquedades. Los agujeros. Salir a las calles. A los archivos. A las voces que quedan. A las imágenes. A las ruinas de las prisiones. A las declaraciones de los verdugos. Buscar y poner nombre. Reconstruir. Rehacer. Revivir.

Busco entre las palabras las preguntas abiertas. Las preguntas. Las respuestas. Busco las respuestas. Qué. Cómo fue. Quién estuvo ahí. Quién persiguió. Cómo te encontró. Quién delató. Quién torturó. Cómo torturó. Cómo era la celda. El tiempo que pasaba. El momento detenido. Quién te dejó esa señal en tu rostro. Cicatriz. Herida. Sangre. Sabor a sangre. Mierda.

La información del infortunio. El relato de la alegría.

Prisión provincial de Carabanchel, viernes 23 de enero de 1963. Queridísimos de mi vida, mi compañera adorada y mi hijín de mi alma. Estas líneas, mis primeras noticias desde hace unos interminables diez días en el calabozo, van llenas de mi recuerdo y amor. Sé valiente, amor de mi vida. Estoy bien, lo mejor posible. Llegué aquí hace tres días y durante siete aún permaneceré en periodo de aislamiento. En la comida no traigas pan y con dos o tres latitas y unas manzanas me arreglo muy bien. Insisto en que yo puedo resolver muy bien la situación mía aquí y no quiero que tú y mi hijo carezcáis de lo esencial. Tú eres valiente y

profundamente sensible y no quiero que te dejes vencer por el dolor. Un beso infinito de tu Ángel.

Todo ocurrió. Voy a contarlo. Voy a buscar. Saber qué pasó. Más allá de estas palabras mudas apretadas en las cartas. Sí, otro condenado relato sobre la memoria histórica. Memoria. Resistencia. Oculta en la maraña de voces que se han ido. Las voces. Las risas. En un lugar. En un momento. Un momento. Un momento que parece siempre. Siempre no es para siempre. Pero para una persona sí lo es. Es su tiempo.

Retorno la mirada atrás. Tras de mí solo quedan los escombros. Ruinas quemadas. Me apoyo en el suelo donde las cartas descansan. Cierro los ojos para ver mejor. Aprieto los párpados. Sigo apretando los párpados. Con mucha energía. Para ahogar las pupilas. Para que se callen. Para que se calmen. Pero al apretar descubro que siguen vivas. Como insectos. Insectos que vuelan.

Eso nos queda. Comprobar si nos mata. Ver si nos libera. O solo sucede. Sucedió. Mientras tanto.

Prisión de Segovia, 12 de noviembre de 1952. ¿Será la última vez que estemos separados?

«Soy la espuma que avanza y cubre de blanco el borde superior de las rocas, soy también una muchacha, aquí, en esta habitación».

VIRGINIA WOOLF

1. RAÍLES CHIRRIÁN. 1941. 1939

No puede ser. No puede ser.

Se ha levantado muy temprano. Algo nerviosa, quizá excitada. Ha elegido un vestido sastre color granate oscuro, unos zapatos de tacón alto, un bolso de piel de tonos marrones. Después de ducharse, con mucho cuidado de no mojarse el pelo que ayer peinó en la peluquería hasta convertirse en esa melena de reflejos caobas llena de suaves ondas, se maquilla con esmero. Se mira satisfecha en el espejo de su cuarto y sale.

En la cocina ya están Cony y Valeriano tomando el desayuno. A un lado reposa el saco de viaje, un enorme bolsón de piel que se cierra por arriba con un artilugio metálico. Lo mira con aprensión. «Eso debe pesar un mundo. No voy a poder con ello». «Habrás que intentarlo, yo te lo pondré en el portaequipajes de tu departamento en el tren y en Madrid tienes que tratar de llevarlo hasta el taxi tú sola. Luego será más fácil». «¿No hubiera sido mejor que me fueran a recoger a la estación directamente?». «Resulta muy peligroso, es mejor hacerlo como hemos acordado. ¿Tienes claro la dirección del bar y todo lo demás, no?».

Lo tiene claro. Tiene perfectamente estudiado el lugar donde está esa cafetería y todo lo que tiene que hacer para llegar a ella, entregar el saco de la mejor manera, salir a salvo. Y regresar a San Sebastián. El plan que ha habido que improvisar de repente lleva pensándolo horas con Valeriano.

Preciso, determinado. Si luego hay imprevistos, confía en su suerte. En su suerte y en la experiencia. En su suerte y en la sagacidad que la clandestinidad aporta.

Toma el café con avidez. No es café, es achicoria con algo de café. Y leche. Con sopas de pan, como le gusta. Revisa de nuevo su bolso con sus cosas personales, se pinta los labios, se levanta y coge el saco de viaje, para probarlo. «Puedo con él, pesa mucho pero puedo, no te preocupes, Valeriano. Vamos».

El departamento de primera que tiene asignado en el tren correo a Madrid está aún vacío. Suben, mientras la gente revolotea por el andén, y se coloca en su sitio, donde indica el billete. Afortunadamente junto a la ventana. Mientras Valeriano coloca el saco de viaje en el portaequipajes sobre el asiento, Manoli mira por la ventanilla, en una mezcla de simple curiosidad y también de comprobación, aunque está segura de que nadie está sobre sus pasos.

—Me voy. Como máximo seréis seis aquí en este departamento, que para eso esto es primera. Te queda un buen rato para descansar.

—¿Para descansar? No estoy cansada, pero en ocho horas me leeré de cabo a rabo una novela. Eso me mantendrá con la cabeza ocupada.

—No estés nerviosa. Todo irá bien.

—Sí. Lo sé. Todo irá bien. Y, no creas, me hace mucha ilusión volver a Madrid después de dos años. Ver la ciudad, aunque no pueda ver a nadie conocido. Sentir cómo huele.

—No se te ocurra salirte de lo planeado.

—Que sí, hombre, pesado, me sé muy bien todo. Para ya.

Se abre la puerta del departamento y entra una pareja. Un hombre y una mujer de unos cincuenta años. Se saludan. Él coloca su maleta también sobre el portaequipajes y se sienta a su lado. Valeriano y Manoli salen entonces al pasillo y se dirigen a la puerta del vagón. «Ve tranquilo, atiende bien a tu mujer, que está muy nerviosa con el embarazo. No te preocupes, en un par de días estoy aquí». Le da un beso en la mejilla y él la abraza. La abraza como un padre despide a una niña. Ella se ríe por dentro pensándolo. Se desase y lo mira divertida. «Yo sé lo que os cuesta creerlo, pero las

mujeres podemos. Podemos solas, no sufras. Saldré viva de esto, y tú también. No pongas esa cara...».

Cuando entra de nuevo a su departamento ya está todo el mundo sentado. Avanza hasta su sitio junto a la ventanilla y se acomoda. Pone su bolso sobre las piernas, saca un pañuelo y una novela. *La montaña mágica*, el primer tomo. Entonces levanta la vista y lo ve. Frente a ella.

Un hombre de unos cuarenta años, quizá alguno más, vestido con su camisa azul de la Falange, con el rojo bordado en el bolsillo con el yugo y las flechas. Ese bordado que parece una alimaña, una araña venenosa. En los hombros lleva galones, debe ser un gerifalte del régimen. Él la mira e inclina la cabeza levemente, ella hace una mueca que quiere parecer una sonrisa.

«Pero no puede ser. No puede ser...».

El tren se desplaza lentamente entre los valles. Mantiene el libro en las manos mientras mira por la ventana el torpe discurrir del vagón. Mira sin ver, pensando qué va a pasar. Qué va a pasar en unas horas, cómo va a discurrir el viaje con ese hombre frente a ella y la multicopista oculta en el saco de viaje de cuero sobre su cabeza. ¿Y si se bajara en la primera estación, o en alguna otra antes del destino? ¿Pero no resultaría sospechoso que fuera en primera clase y se bajara de repente, tan rápido? ¿Y si se bajara, qué haría? Todo el dispositivo se vendría abajo, tendría que buscar hotel, esperar otro tren, avisar antes mediante telegrama y que se montara otro operativo para recoger el aparato en Madrid.

Busca alternativas mientras sigue mirando por la ventana, como si no hubiera nadie frente a ella. Como si estuviera sola, o pudiera ocultarse en medio de la multitud, un soplo de viento que no se percibe. Tan abstraída está en su propio paisaje que no se da cuenta de que el tren se para, el chirrido del frenazo la saca de sí y mira el andén lleno de gente, gente que camina para entrar en los vagones de segunda y de tercera, mujeres con cántaros y con cestones de mimbre. Tolosa. Regresa con la vista ahora hacia delante y observa cómo él la mira fijamente, y cómo distrae rápido la mirada cuando ella lo mira. Se lleva de manera automática la mano al pelo, como

queriendo evitar algún incordio no previsto, o un mechón fuera de su peinado en cascada. ¿Por qué la mira, le ve algo sospechoso? ¿Qué le ve? Aprovecha que él ha vuelto su atención hacia el pasillo por donde pasan algunos viajeros nuevos para fijarse mejor. El pelo engominado hacia detrás, oscuro, sobre unas facciones sin señales: la cara de un hombre moreno, bien afeitado pero con la sombra oscura casi azul sobre sus mejillas, la nariz recta y grande, los labios finos que no están apretados, sino entreabiertos, sin tensión. Un señor vasco del barrio de Aiete, un señor con dinero. Pero no va vestido de requeté, lo mismo no es vasco, estará de viaje. Algo en su gesto la tranquiliza, quizá los labios que no se aprietan entre sí, o una sensación de cuidado algo impostada, como no natural. Tan planchado, tiene la cara tan planchada como la camisa.

De repente, él se vuelve y la descubre mirándolo. Ella no retira la mirada, algo le dice que debe fijar el campo de juego. Cuando él sonríe, ella continúa observándolo sin más. Escudriña su sonrisa y no es capaz de decidir qué hay en ella, ni en esos dientes cuidados que se intuyen. Ese hombre podría ser su padre, por edad, seguro. Más que le dobla sus veinte años. Pensando en cómo debe protegerse, en qué hacer, no escucha lo que le dice.

—Perdone... no le he oído.

—Le preguntaba si iba usted también a Madrid.

Ha sido lenta, tiene que responder ya. ¿Se baja antes, dónde, en Valladolid, en Miranda, dónde?

—Sí voy también a Madrid, a ver a mi tía.

—¿Va para muchos días?

—Apenas tres o cuatro. Luego tengo que volver. Tengo permiso en mi trabajo.

La suerte está echada. A Madrid, jugarse el todo por el todo. Tanto meditar y la pregunta ha llegado de improviso. A Madrid, a ver a su tía. A su tía que en realidad murió en el 38, en plena guerra. Ya hace casi tres años. La tía Mariana. Su anillo aún está puesto en su dedo. Lo toca con la otra mano. Como aquel día.

Se toca el anillo que no le han quitado, que pensó que desaparecería en la celda. Mira a su alrededor como si fuera una forastera. Hace un esfuerzo por recordarse, por rememorar quién es y cómo era la vida hace apenas tres semanas. Contempla de nuevo y se ve rodeada de mujeres como ella que salen todas en fila india de la cárcel de Ventas, por la calle Marqués de Mondéjar. Escrutan su camino porque les resulta otro y huelen que todo ha cambiado. Observan a sabiendas de que la ciudad está llena de quintacolumnistas. Caminan hacia Manuel Becerra para tomar el metro. Avanzan, por decir algo, lo que hacen es deambular sin saber qué está pasando. Sin creerlo. Nunca hubieran imaginado que Madrid caería en manos de las tropas franquistas, que Madrid sería capital del enemigo. Que habrían perdido la guerra.

Van tomadas del brazo, pero no pasean. Han salido en el último minuto, tras mucho presionar a Pura de la Aldea, la jefa de servicio de la cárcel de Ventas, que esperaba una orden superior para sacarlas a la calle. Pobre Pura, aún esperando que la legalidad la apoyara. Todas sabían que la junta de Casado se había rendido sin más y que las tropas franquistas avanzarían ya sobre Madrid. Avanzarían tan rápido que encontrarlas encerradas, arracimadas en la prisión, sería un gran regalo. Por eso Pura debe liberarlas, y así lo hace: para que no sea una ratonera en manos del ejército de ocupación.

Cuando llegan a la boca de metro se separan. Son un grupo grande, ¿cuántas? Cien, doscientas. Por lo menos había quinientas en la cárcel de Ventas encerradas por la gente de Casado. La mayoría comunistas, o simpatizantes, o socialistas de la tendencia de Negrín.

Hubiera querido tomar el metro en Manuel Becerra y bajarse en su estación, en Chamberí. Pero salieron de la cárcel con lo puesto, a mediodía, y mientras avanzaban torpes por la calle solo les daba para pensar que la ciudad estaba siendo ocupada. Y que tenían que empezar a escapar. Eran desde el primer momento mujeres en fuga. Tomada del brazo de Pilar Valbuena, trataba de poner en orden sus ideas, adónde ir, dónde esconderse, cómo continuar. No tiene dinero. Se toca otra vez el anillo de su tía Mariana, mira a Pilar que está a su lado y la calle abierta en ese ambiente tupido.